

“17. Mas del árbol de ciencia de bien y de mal no comas, porque en cualquier día que comas de él, morirás.

“18. Dijo también el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle ayuda semejante a él.

“19. Luego, pues, que el Señor Dios hubo formado de la tierra todos los animales terrestres y todas las aves del cielo, llevólas a Adam para que viese cómo las había de llamar; por todo lo que Adam llevó ánima viviente, ese es su nombre.

“20. Y llamó Adam por sus nombres a todos los animales, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias de la tierra; mas no se hallaba para Adam ayuda semejante a él.

“21. Por tanto, el señor Señor Dios hizo caer a Adam en un profundo sueño, y habiéndose dormido, tomó una de sus costillas e hinchó carne en su lugar.

“22. Y formó el Señor Dios la costilla, que había tomado de Adam, en mujer; y llevóla a Adam.

“23. Y dijo Adam: Esto ahora, hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada varona, porque del varón fué tomada.

“24. Por lo cual dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne.

“25. Y estaban los dos desnudos, a saber es, Adam y su mujer, y no se avergonzaban.

“1. Pero la serpiente—dice el capítulo II—era más astuta que todos los animales de la tierra que había hecho el Señor Dios. La cual dijo a la mujer: ¿Por qué os mandó Dios que no comieseis de todo árbol del paraíso?

“3. Mas de la fruta del árbol que está en medio del paraíso, nos mandó Dios que no comiéramos y que no lo tocáramos, porque no muramos.

“4. Y dijo la serpiente: De ninguna manera moriréis.

“5. Porque sabe Dios que en cualquier día que comiereis de él, serán abiertos vuestros ojos. Y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal.

“6. Vió, pues, la mujer, que el árbol era bueno para comer, y hermoso a los ojos y agradable a la vista, y tomó de su fruto y comió, y dió a su marido, el cual también comió.

“7. Y fueron abiertos los ojos de entrambos, y habiendo ellos echado de ver que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron delante.

“8. Y habiendo oído la voz del Señor que se paseaba en el paraíso al aire después del medio día, escondiéronse Adam y su mujer de la presencia del Señor en medio del árbol del paraíso.

“9. Y llamó el Señor Dios a Adam, y díjole: ¿En dónde estás?

“10. El respondió: Oí tu voz en el paraíso, y tuve temor, porque estaba desnudo, y escondíme.

“11. Y díjole: ¿Y quién te ha dicho que estabas desnudo, sino el haber comido del árbol del que te mandé que no comieras?

“12. Y dijo Adam: La mujer que me diste por compañera, me dió del árbol, y comí.

“13. Y dijo el Señor a la mujer: ¿Por qué has hecho esto? Ella respondió: La serpiente me engañó, y comí.

“14. Y dijo el Señor Dios a la serpiente: Por



cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales de la tierra; sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los días de tu vida.

“15 Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás acechanzas a su calcañar.

“16. Dijo a sí mismo a la mujer: Multiplicaré tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos; y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre tí.

“17. Y a Adam dijo: Por cuanto oíste la voz de tu mujer, y comiste del árbol que te había mandado que no comieras, maldita será la tierra en tu obra: con afanes comerás de ella todos los días de tu vida.

“18. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba de la tierra.

“19. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste tomado, porque polvo eres y en polvo te convertirás.

“20. Y llamó Adam el nombre de su mujer, Eva, por cuanto era madre de todos los vivientes.

“21. Hizo también el Señor Dios a Adam y a su mujer unas túnicas de pieles y vestidos.

“22. Y dijo: He aquí Adam, cómo se ha hecho uno de nos, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, porque no alargue quizá su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma y viva para siempre.

“23. Y echóle el Señor Dios del paraíso del deite, para que labrara la tierra, de la que fué tomado.

“24 Y echó fuera a Adam, y delante del paraíso puso querubines, y espada que arrojaba llamas y an-

daba al rededor para guardar el camino del árbol de la vida”.

La simple lectura de este pasaje basta para convencerse de que se trata de un poema simbólico.

En el jardín del deleite había dos árboles: el de la sabiduría, que aquí se llama árbol de la ciencia, del bien y del mal, y el de la vida. Estos árboles no eran árboles en el sentido vulgar de la palabra, y deben entenderse alegóricamente, como la rueda de la Fortuna, los cien ojos de Argos, el arco del Amor, la manzana de la Discordia, la espada de la Ley y la balanza de Themis.

Los frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal, eran frutos de sabiduría. Por eso no bien comieron de ellos Adam y su mujer se abrieron sus ojos y conocieron su desnudez. Los frutos del árbol de la vida, eran frutos de juventud eterna, y Adam no comió de ellos, por lo que somos mortales.

La “serpiente” es un animal simbólico. Los fenicios encarnaron en ella al dios “Pithon”, que hablaba por la boca de las phitonisas o sibilas. Los brahmanes la adoraban como símbolo del infinito, y los antiguos mexicanos veían en ella la representación de sus odios Quetzalcoatl (serpiente emplumada).

Los intérpretes de la iglesia creen que el arcángel rebelde Satanás, con el objeto de perder a nuestros primeros padres, se introdujo en el cuerpo de la serpiente, y movió su lengua para hablar a Eva; mas en ninguna parte del Génesis se habla de espíritu maléfico ni de la pretendida rebelión de los ángeles, leyenda que no se encuentra hasta Isaías,

quien posiblemente la tomó de los asirios (1). Según los zoroastrianos, Lucifer, la estrella de la mañana, se rebeló contra el Señor y fué precipitado desde lo alto del cielo, con un ejército de ángeles que abrazaron su partido. Algunos ocultistas creen que esta leyenda se refiere a la caída de los espíritus del plano espiritual y su descenso a este planeta. Mas nada autoriza para suponer que la serpiente del paraíso fuese este mismo Lucifer o Satanás, reminiscencia del Arhimanes del Zend-Avesta.

La creación de la mujer también es simbólica, como la formación de las castas de la India. Según los Vedas, Brahma sacó de su cabeza el brahmin o sacerdote, de su pecho el kehatria o guerrero, de sus brazos el vaysa o artesano y de sus pies al sudra o esclavo. Según la Biblia, Dios formó a la mujer de una costilla de Adam, representando por medio de este símbolo la estrecha relación que existe entre el varón y la hembra, pues ambos son carne de una misma carne y hueso de unos mismos huesos. También mediante esta ingeniosa alegoría, el escritor sagrado instituye la subordinación de la mujer al hombre, pues ella procede de él y no es más que una costilla de su cuerpo.

Ahora bien, ¿en qué consistió realmente el pe-

(1) "¿Cómo caíste del cielo, oh Lucifer, que nacías por la mañana? ¿Cómo caíste en tierra, tú que escarneabas a las gentes?"

"Tú, que decías en tu corazón: Subiré al cielo, sobre los astros de Dios ensalzaré mi solio, me sentaré en el monte del testamento, a los lados del aquilón."

"Subiré sobre la altura de las nubes; semejante seré al Altísimo."

"Mas al infierno serás precipitado en lo profundo del lago. (Isaías, XIV, 12, 13, 14, 15.)"

cado de Adán y de Eva? Atendiendo a la letra, Dios formó un paraíso donde colocó a nuestros primeros padres para que gozaran de todos los deleites y primores que les prodigó a manos llenas; pero con la estricta condición de que no debían comer de la fruta de un árbol que El mismo, para tentarlos y poner a prueba su obediencia, plantó en medio del hechicero jardín. Nuestros primeros padres, puros como el aliento de la Divinidad que los había creado, e incapaces de toda malicia, dieron oídos a una infernal serpiente que se introdujo en el paraíso y deslizó palabras seductoras en los oídos de la incauta Eva.

“Vió la mujer que el árbol era bueno para comer, y hermoso a los ojos y agradable a la vista, y tomó de su fruta y comió, y dió a su marido, el cual también comió”. Entonces se oyó la voz del Señor que se paseaba por las veredas del jardín gozando del fresco de la tarde y como niños sorprendidos comiéndose una golosina, corrieron a ocultarse. Airado el Señor por su desobediencia los arrojó del paraíso, y los condenó a pasar mil calamidades, y para que no pudieran luego introducirse furtivamente al jardín y no le robaran las frutas de otro árbol que tenía en mucha estima, puso querubines en todas las entradas y una espada de fuego que giraba en torno del precioso árbol. Lo que parece exorbitante es que para redimir al hombre de tamaño pecado como fué comerse las famosas frutas, se necesitara luego que una de las tres personas de la Trinidad se encarnara en la figura de Jesucristo y muriera en una cruz infamante, después de atroces sufrimientos. Total, una historieta buena para entretener a los niños.

Los intérpretes religiosos entienden que el pecado de Adam y de Eva fué un pecado de sensualidad y concupiscencia. La gula es una falta de niños; la lujuria es un pecado de hombres. Adam y Eva en el paraíso, inocentes como los ángeles, aunque andaban desnudos se contemplaban con ojos de pureza, en los que la liviandad aún no había prendido rayos de grosero sensualismo. "Ambos andaban desnudos—dice la Escritura—y no se avergonzaban". Pero el demonio infiltró en el corazón de la hermosa Eva sentimientos impuros, y una mañana de ardientes rayos primaverales, cuando la naturaleza entera se estremecía a los soplos divinos del amor, y en el susurro de la floresta se advertía un misterioso germinar de semillas, una suave cópula de estambres y pistilos y un espléndido estallar de fragantes botones, Eva atrajo a sí a su incauto compañero, lo sedujo con el encanto irresistible de su belleza y la dulzura de su voz, y.... comieron de la fruta del árbol prohibido. Entonces sus ojos se abrieron y echando de ver que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se pusieron delantales. Dios, que los reservaba sin duda, a él para rector de algún seminario y a ella para superiora de algún convento, se indignó y los echó del paraíso, condenándolos, a él, a ganarse el pan con el sudor de su frente cultivando la tierra, maldita a causa de su pecado, y a ella a parir sus hijos con dolor y a estar bajo la potestad de su marido. En suma, una historieta verde, que bien podría servir de argumento para un vaudeville de café-concierto.

A esta interpretación se pueden hacer las objeciones siguientes:

1a. Dios bendijo al hombre y a la mujer, inme-

diatamente después de haberlos creado, y les ordenó diciendo: "Creced y multiplicaos". (Génesis. Cap. I, ver. 28).

¿Cómo, pues, luego se enfada porque ejecutan sus órdenes, y los arroja del paraíso como indignos de morar en él?

2a. Dios creó al hombre macho y hembra, como a los demás individuos de la escala zoológica.

¿Con qué objeto lo creó macho y hembra, si no para que se reprodujera?

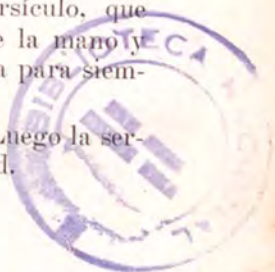
3a. Dios dijo a Adam: "De todo árbol del paraíso comerás; mas del árbol de ciencia de bien y de mal, no comas, porque en cualquier día que comieres, morirás".

La serpiente, esto es, el espíritu maligno, según los intérpretes religiosos, dijo en cambio a Eva: "De ninguna manera moriréis; porque sabe Dios que en cualquier día que comiereis serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal".

Adam y Eva comen del fruto del árbol prohibido, y no sólo no mueren, sino que sus ojos se abren, tal cual lo había vaticinado la serpiente, y Dios, confundido, dice:

"He aquí, Adam, cómo se ha hecho uno de nos, sabiendo el bien y el mal". En estas palabras no hay ironía, como aseguran algunos. Para convenirse de ello basta leer el resto del versículo, que dice: "Ahora, pues, porque no alargue la mano y tome del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre".

Adam comió del árbol y no murió. Luego la serpiente tuvo razón, y Dios no dijo verdad.



Como ésta no pudo ser la mente del escritor sagrado, es de creer que la interpretación eclesiástica es errónea y que bajo la alegoría del árbol de la ciencia del bien y del mal, se esconde alguna idea más profunda.

4a. Según el sentido de los versículos 22 y 23 del capítulo III, Dios no arroja del Paraíso a Adam y a Eva a causa de su pecado, sino temeroso de que Adam alargue la mano y se apodere del fruto del árbol de la vida. Para evitar esto, los echa fuera y delante del paraíso pone querubines y una espada que arroja llamas y cierra el camino del árbol simbólico.

5a. Finalmente, el versículo 1o. del capítulo IV, en que se figura que, ya Adam y Eva están fuera del paraíso, dice: "Y Adam conoció a su mujer Eva, la cual concibió, y parió a Caín, diciendo: "He adquirido un hombre por Dios". Es decir, Adam no conoció a su mujer y ésta no concibió sino después de que fueron arrojados del paraíso.

¿Cuál fué, pues, el pecado de Adam y de Eva?

Ahondemonos un poco más en el arcano; alumbrémonos con la antorcha de los Misterios y acerquémonos al tabernáculo sublime, donde entre nubes de mirra y de incienso, se escuchan "los murmullos de los cielos".



IV. EXPLICACION DE LA ALEGORIA DEL PECADO DE ADAM

El mito del paraíso no es más que una alegoría, mediante la cual el escritor sagrado quiso representar el descendimiento del espíritu a la materia, el origen de la conciencia y el despertar de la razón.

Adam no es propiamente un individuo, sino la representación de la especie humana.

Yerran los que imaginan que el mundo procede de una sola pareja, y que los primitivos hombres eran más perfectos que nosotros, pues aún llevaban en su frente los resplandores de la primera aurora que iluminó el paraíso. Los descubrimientos de la paleontología nos demuestran que los hombres de la época del reno y del mamuth se diferenciaban muy poco de los monos llamados antropoides. Las razas humanas no parecen reconocer un origen común: la indo-europea parece ser originaria del Himalaya; la mongólica, del Extremo Oriente; la negra, de la Eñtiopía; la malaya, de la Oceanía y la cobriza de América. Sin embargo, científicamente no se puede rechazar la hipótesis de un tronco común; mas para que la influencia del medio modificara el tipo primitivo, y se formaran las razas, debieron de transcurrir millares de millares de años, y el mundo, según cálculos basados en la Biblia, no cuenta más

de seis mil años de edad. Por *tronco* entendemos, no una sola pareja, sino una familia de individuos de una misma especie. Adam, pues, simboliza a toda la humanidad.

Cuando Dios creó el cielo, creó también los espíritus, que con el tiempo debían animar formas mortales. Creó igualmente el universo material con sus nebulosas, constelaciones y pléyades de mundos, y la Tierra con sus montes, sus valles, sus mares y sus ríos y los animales y las plantas. Y en el jardín de la Inocencia (y no es una región determinada de los cielos como entienden algunos), en el paraíso de la pureza, para que lo labrasen y guardaran y comieran de sus benditos frutos, colocó a los espíritus. En medio de tantas delicias, éstos, sin embargo, no eran felices. Tampoco se puede decir que fueran desgraciados, porque no conocían ni el placer ni el dolor. Hijos del cielo, revestidos de un cuerpo inmaterial y glorioso, ni espinas desgarraban sus pies, ni las pasiones, esos torcedores del corazón humano, torturaban su sér. Mas, sumidos en una inconciencia casi absoluta, no podían gozar de una felicidad que no comprendían. No entraba en los designios del Creador que las almas permanecieran eternamente en este estado de inconciencia, e infundió en ellos el deseo de animar formas mortales. Este tránsito del alma de la inconciencia a la consciencia, está admirablemente expresado en la preciosa alegoría del paraíso.

Para que las almas progresaran, era necesario que descendieran a la materia y vistieran cuerpos mortales. No es sino en contacto con la grosera materia que el espíritu se eleva y purifica. Las necesidades aguzan su ingenio, las dificultades ponen a

prueba su energía, la desgracia los engrandece, el dolor los redime, y así es como un torrente que se quebranta entre las peñas y forma rápidas cascadas, reflejando en sus purísimas aguas todos los colores del iris. En la hartura, el regalo y el fausto, la inteligencia se atrofia, las energías se repliegan sobre sí mismas y se adormecen, y el espíritu, en un sueño de opio, se va apagando como la llama azulada del alcohol que flota en un bol de pónche.

Los espíritus recién creados no conocían ni el bien ni el mal. "Andaban desnudos—dice la Biblia—y no se avergonzaban". Por esta desnudez debe entenderse la falta de todo conocimiento, la ignorancia absoluta, que les hacía no avergonzarse de su miserable condición, como las bestias, que no tienen conciencia de su estado o como esos estúpidos salvajes del Amazonas, que viven desnudos en los bosques, duermen sobre sus mismas inmundicias y tejen hojas de higuera para formarse delantales. La Biblia consigna aquí un fenómeno sociológico notable, observación acertadísima, que revela la sabiduría del escritor sagrado.

Uno de los primeros signos del alborear de la civilización entre los pueblos salvajes, es la manifestación del sentimiento del pudor. No bien despierta la conciencia, el hombre se avergüenza de su desnudez, y busca con qué cubrirse. Los animales son incapaces de este sentimiento (1). Entre los salvajes de la Oceanía, del interior del Africa y del

(1) Adviértense, sin embargo, en el elefante algunos signos del pudor. Este inteligente animal se oculta en sus amores, y elige para ello los lugares más recónditos de la selva, donde ni bestia ni hombre contemple sus actos.



alto Marañón, hay algunos que aún andan completamente desnudos y viven en una repugnante comunidad sexual.

En el versículo 21 del capítulo III del Génesis, se dice que Dios, habiendo ya resuelto arrojar a Adam y a Eva del paraíso, les hizo unas túnicas de pieles, y vistiólos. En esto también la Biblia está de acuerdo con la etnología, que enseña que la evolución del traje principió por el simple taparrabos, que consistía en una simple cubierta de hojas secas que descendía de la cintura hasta media pierna, cubriendo las partes genitales; y luego continuó por los abrigo de pieles, no siendo sino ya en una época más adelantada que los hombres usaron telas de algodón y de lino y aprendieron a cardar la lana. Todavía en la época del Rey David los pastores llevaban por todo traje una piel de cabra o de tigre a la espalda y una grosera tela de lana o de algodón que les cubría las vergüenzas. Herodoto, en la descripción que hace del ejército de Jerjes, dice que los etíopes se cubrían con pieles de leopardos y de leones; los sarangas, más adelantados, vestían trajes vistosos de varios colores y calzaban borceguíes que les llegaban hasta la rodilla, y los persas y medos, que eran los pueblos más cultos del Asia Menor, llevaban túnicas preciosas, recubiertas con escamas metálicas, a modo de coseletes, y cubrían sus piernas con largas bragas.

Poetas y filósofos desde muy remotos tiempos han ensalzado la *inocencia* como el mayor de los bienes y han dicho de la sabiduría que es el aguijón más agudo que hiere el corazón del hombre. Según estos poetas y filósofos, el estado perfecto del espíritu es la ignorancia, y así dice Salomón en el Éc-

*clesiastés que “quien añade ciencia, añade dolor”. Gozar de los bienes que Dios nos ha dado, sin investigar el origen de las cosas ni estudiar los múltiples fenómenos que se producen en la naturaleza; cerrar los ojos y deleitarnos en todas las voluptuosidades que nos pueden ofrecer los sentidos, tal debe ser nuestra norma en la vida. Así decía el poeta persa Omar Khayyan de Naishapur en sus célebres Rubayata: “¿Por qué disputar largamente buscando la definición de esto y aquéllo? Más vale alegrarse con el racimo jugoso que entristecerse buscando el fruto que no existe o que es amargo.

“¡ Ah, aprovechemos cuanto podamos lo que nos es dable ganar, antes de que bajemos al polvo! Polvo en el polvo y bajo el polvo, yacen sin vino, sin canción, sin cantor. . . . y sin fin! Oh, ven con el viejo Khayyam, y deja hablar a los sabios! Una cosa es cierta: que la vida huye; una cosa es cierta, y el sueño es mentira. La flor que ha florecido una vez, muere para siempre”. Epicuro aconsejaba huír de la ciencia como de una sierpe ponzoñosa, y atender únicamente a los placeres materiales. Los primitivos padres de la iglesia miraban la ciencia con aversión, porque creían que el anhelo de saber había sido la causa de que Adam perdiera el paraíso. Por eso la Iglesia ha profesado odio a la ciencia y la ha perseguido encarnizadamente en varias épocas con la espada y el fuego, santificando en cambio la ignorancia y cubriendo los ojos de la humanidad con la espesa venda de la fe. Lo mismo el catolicismo que el protestantismo han perseguido a los sabios, y la hoguera de Bruno en Roma fué encendida con las brasas de la hoguera que había consumido el cuerpo de Servet en Ginebra. Sacrilegio hacerle la

autopsia a un cadáver para estudiar la organización del cuerpo humano; sacrilegio asestar un anteojito al cielo para observar la organización del Universo; sacrilegio asomarse por medio del microscopio al mundo de los infusorios y sorprender los primeros movimientos de la vida animal en el plasma; sacrilegio proclamar la redondez de la Tierra; sacrilegio la química y la astronomía, que se confundían con la magia y la adivinación; sacrilegio el barco de vapor.... La serpiente del paraíso no era otra cosa que la ciencia, que había abierto los ojos de nuestros primeros padres y los había engañado, haciéndoles creer que si comían de la fruta de su árbol maldito, serían como dioses....

Es curioso observar cómo los filósofos materialistas y los padres de la Iglesia, concuerdan en su manera de considerar la ciencia, juzgándola enemiga de la felicidad humana (1).

Sin embargo la ciencia ha redimido al hombre, arrancándolo de la oscura sima de la bestialidad, para elevarlo en alas de águila a la cumbre del conocimiento, desde donde el espíritu contempla extasiado las maravillas de la creación y adquiere una idea más profunda de Dios, cuyo inmenso poder y cuya infinita sabiduría se revelan en la naturaleza. Así David, rey sabio y poderoso, contemplando una vez desde la terraza de su palacio el firmamento

(1) El célebre materialista alemán Luis Buchner, en su obra "Fuerza y Materia", dice: "Únicamente el hombre instruido puede proclamar felices a aquellos a quienes su limitada inteligencia mantiene en el error; para él solo existe la amargura del conocimiento, mientras que la naturaleza del error es no poder ser conocida, ni aun sospechada, por el espíritu que la sufre".

estrellado, murmuró con religioso respeto: "Cœlo et terrae enarrant gloriam Dei". El paraíso de la ignorancia es bueno para los brutos; pero no para seres llamados a más altos destinos.

Dios plantó en medio del paraíso el árbol de la ciencia del bien y del mal, y dijo a Adam y a Eva: "De todos los árboles podréis comer; menos de éste, porque en el día que tal hiciereis, morireis".

Esto es: En medio del Edén de la inocencia en que las almas vivían, Dios colocó el árbol simbólico de la Sabiduría, y les dijo: "Gozad de todas las delicias que os rodean; mas no comáis de la fruta de este árbol; permaneced como hasta aquí sumidos en la ignorancia de las cosas sagradas, y no queráis saber ni vuestro origen, ni el del Universo ni el por qué de cuanto contempláis, pues en el momento mismo que tal cosa hiciéreis, moriréis".

"Pero la serpiente—dice la Biblia—era más astuta que todos los animales que había hecho el Señor Dios".

En la serpiente está simbolizado ese espíritu inquieto y misterioso que existe en el hombre, y lo incita a saber; anhelo profundo, sentimiento divino y demoníaco a la par, que se enrosca como una serpiente al corazón del sér palpitante y enajenado y susurra a su oído: "Indaga, aprende, estudia, analiza, sé águila y no gusano, abísmate en el océano de la sabiduría infinita!" Es el genio que enciende dos haces luminosos en la frente de Moisés, y habla a Sócrates en las noches de insomnio el sublime lenguaje de la sabiduría.

La serpiente no se dirige al hombre sino a la mujer, porque el espíritu femenino está dotado de un sentimiento de curiosidad más vivo que el mas-

culino y porque, como es sabido, la mujer es más precoz que el hombre. Mientras Adam, incapaz de razonar, duerme a su lado en la floresta, el espíritu sutil de Eva medita, y dialogando consigo mismo, se dice:

“He aquí el árbol de la ciencia del bien y del mal. ¿Por qué Dios lo plantó en medio de este paraíso y nos ordenó que no comiéramos de él? Hermosos son sus frutos; mas Dios nos amenazó diciéndome que, inmediatamente que los comiéramos o tocáramos, moriríamos. Sin embargo, nosotros somos espíritus inmortales y por nuestra naturaleza no podemos morir. Mas sabe Dios que en cualquier día que comiéremos de este árbol, serán abiertos nuestros ojos y seremos como dioses sabiendo el bien y el mal”. Y animosa, tendió la mano, cogió el fruto, comió y dió de él a su marido, que también comió. Y Dios dijo: “He aquí que Adam se ha hecho uno de nos, sabiendo el bien y el mal”. Esto es: “He aquí que Adam ha comido del árbol de la sabiduría y por este acto se ha divinizado”.

Para conocer el bien y el mal, es necesario descender a la tierra y animar cuerpos mortales, pues la sabiduría no la adquieren los espíritus en la perfecta serenidad de los cielos y en sus delicias incomprendibles para seres dotados únicamente del principio de la ciencia, sino en las luchas y dolores de la carne, en el Universo material.

La alegoría, pues, representa, no sólo el despertar de la razón, sino el descendimiento del espíritu a la carne.

Dios advierte a Adam y a Eva que no coman del árbol de la ciencia, porque si tal hicieren, morirán sin remedio.

Esto es: Dios advierte a las almas recién creadas que no intenten conocer los misterios de los cielos ni los principios de la sabiduría, que llama "ciencia del bien y del mal" o sea la fuente o raíz de todo conocimiento, porque para ello les será preciso abandonar el paraíso de delicias o voluptuosa ignorancia en que se encuentran y tendrán que descender a la tierra y animar formas mortales, sujetándose, por tanto, al nacimiento y a la muerte y a todas las miserias de la condición terrestre. Los espíritus, deseosos de adquirir el conocimiento de los misterios de la creación y atraídos y cegados por los esplendores de la eterna sabiduría, se someten a tan dura prueba, abandonan la mansión de delicias, descienden a la tierra y se encarnan en formas mortales. Entonces la muerte es introducida en el mundo, y Adam y Eva, que antes eran espíritus celestiales, caen bajo su inexorable guadaña como la mies de los campos bajo la hoz del cegador.

Y dijo Dios a la mujer: "Multiplicaré tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre tí".

Y dijo a Adam: "Maldita será la tierra en tu obra, con afanes comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, de la que fuiste tomado; porque polvo eres y en polvo te convertirás".

Bien claro se ve por estos versículos que Adam y Eva, antes de perder el paraíso, eran espíritus celestiales, pues ni él ni ella tenían necesidad de trabajar ni de sustentarse; el hombre no tenía potestad sobre la mujer, y ésta no estaba sujeta a preñeces y alumbramientos. "Con afán comerás la yerba de la

tierra—dice Dios—y ésta te producirá espinas y abrojos”,— y termina recordando al hombre su condición mortal: “polvo eres y en polvo te convertirás”.

Había también plantado Dios en el paraíso del deleite el árbol de la vida, de cuyas ramas pendían los dorados y nectáreos frutos de la inmortalidad. Como Adam y Eva, es decir, las almas recién creadas, eran de naturaleza inmortal, Dios no les prohibió que comieran de sus frutos, y aun parece que se los permitió, cuando les dijo: “De todo árbol del paraíso comeréis, excepto del árbol de la ciencia del bien y del mal”. Mas al descender a la tierra y animar cuerpos mortales, la situación varió, y el Señor temió con razón que Adam y Eva se apoderaran de los frutos del árbol de la vida, y se hicieran inmortales en su naturaleza terrestre, lo que no entraba indudablemente en sus designios. Ningún castigo hubiera aplicado Dios al hombre más terrible que el de perpetuar su espíritu en la carne, y darle por prisión este pequeño globo, que no es más que un calabozo celeste “de reducido tragaluz”, como dice de Saturno el gran Hugo. ¿Puedese imaginar suplicio mayor? El mito de Asheverus, el judío errante, que no podía morir, expresa el horror que la inmortalidad en la tierra ha inspirado siempre al hombre. La muerte, en vez de ser un fantasma espantoso de blanco sudario y afilada guadaña, es un ángel bello que abre al alma dolorida las puertas de la prisión de carne donde yace encadenada y víctima de las mordeduras de las pasiones. Temeroso, pues, el Señor de que Adam alargara quizá la mano y tomara también del árbol de la vida, y comiera y se inmortalizara en su naturaleza terre-

nal, echólo del paraíso, y puso delante de éste querubines y una espada que arrojaba llamas y giraba en torno para guardar el camino de dicho árbol. Esta espada que arrojaba llamas, posiblemente era la del ángel exterminador, que más tarde hirió a los primogénitos de los egipcios, o sea la del ángel del juicio y de la muerte, y así Adam no podía acercarse al árbol de la vida.

El Señor se vuelve también a la serpiente, y le dice: "Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra; sobre tu pecho andarás y tierra comerás todos los días de tu vida".

Si esta maldición se dirigiera al Demonio, simbolizado en la serpiente paradisiaca, como presumen los comentaristas religiosos, claro está que no lo alcanzaría, y por lo tanto no tendría ningún efecto, pues el príncipe de las tinieblas, por su condición espiritual, no puede comer tierra ni andar arrastrándose sobre su pecho, como una serpiente vulgar, a menos que no se admita con Milton, en su admirable poema *El Paraíso Perdido*, que Satanás, a consecuencia de la maldición del Eterno, quedó desde entonces convertido en un enorme dragón y no pudo volver a adoptar la forma angélica. La maldición parece más bien dirigirse a ese anhelo divino y demoníaco de que hablamos anteriormente, el cual se enciende en el espíritu de Eva y la incita a comer del árbol de la sabiduría. Así el escritor sagrado cree que esa curiosidad perdió a las almas que vivían felices en su inocencia, ignorando el bien y el mal, y por ello condena a la razón humana a comer tierra y a arrastrarse como un reptil, en tan-

to que la Fe y la Esperanza, esas divinas hermanas, remontan el vuelo a la morada del Eterno.

La Iglesia interpreta la sentencia final contra la serpiente como un anuncio del advenimiento de la Virgen María, la cual le quebrantará la cabeza al dragón; mas esta sentencia se dirige a este mismo anhelo insaciable de saber, al cual atribuye el autor del Génesis todas las desgracias de la humanidad, simbolizada en Adam.

Tales son, en suma, los principales símbolos contenidos en la alegoría del paraíso, la cual puede resumirse en dos ideas principales: el despertar de la razón y el descendimiento del espíritu a la materia, por lo cual la muerte es introducida en el mundo.





V. EL MITO DE CAIN Y ABEL

En el Génesis la acción se desarrolla metódicamente, revelando en el autor un plan sabiamente trazado. Así el capítulo primero describe la formación del Universo, y el segundo y tercero, representan alegóricamente el descendimiento del espíritu a la materia y la introducción de la muerte en el mundo. El capítulo cuarto, por medio de un mito ingenioso, representa la aparición de la guerra en las sociedades primitivas.

Caín y Abel son la representación de dos tribus o pueblos originarios de un mismo tronco.

Imposible interpretar de otro modo el texto bíblico, a menos de admitir el incesto más repugnante, desposando a Caín con su propia madre, pues en el versículo 17 del capítulo IV, se dice: "Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió y parió a Henoch y edificó una ciudad". ¿A qué mujer conoció Caín, si no había otra en el mundo que su madre Eva, y para albergar a qué pueblo y con qué operarios edificó una ciudad, si toda su familia se reducía a esa mujer enigmática y a su hijo Henoch?

Caín personifica, pues, a un pueblo industrial, trabajador y fuerte, que por su espíritu guerrero se convirtió pronto en azote de sus hermanos, repre-

sentados por el suave y delicado Abel. Estos pueblos pastoriles vivían en estrecha comunión con el Señor, que miraba sus ofrendas y consumía sus holocaustos; mas las tribus belicosas de Caín eran objeto de la saña divina, por lo que “decajó su semblante”, y considerándose agraviadas, movieron guerra contra los pacíficos moradores del lugar, y el horrendo fratricidio se consumó. Por primera vez sorbió la tierra la sangre del hombre, vertida por mano de su semejante, y para perpetuar este hecho infando, el escritor sagrado lo representa con sus más sombríos colores. El hombre es hermano del hombre, y por lo tanto, la guerra es un crimen, un asesinato en masa, un fratricidio que Dios no puede perdonar. Por eso Caín, cuando se mira las manos teñidas en la sangre de Abel, se da cuenta de la enormidad de su culpa, y exclama con horror: “Mi indignidad es muy grande para merecer el perdón”.

Dios, que más tarde debía escribir en el Sinaí, con su dedo luminoso y terrible, en las tablas de la ley este mandamiento: “No matarás”, siente, sin embargo piedad por el matador, y cuando éste desesperado le dice: “He aquí que me arrojas hoy de tu presencia, y me condenas a andar vagabundo y fugitivo en la tierra, por lo que todo el mundo que me hallare, me matará”, le contesta. No será así antes bien, todo el que matare a Caín, siete veces será castigado”.

Por medio de esta magnífica sentencia, Dios proscribe la pena de muerte, y anuncia a la humanidad que el que matare al criminal, aun en nombre de la ley, será siete veces castigado. Más adelante, para reafirmar de una manera solemne el principio de la inviolabilidad de la vida humana, Dios mani-

fiesta que el que matare al malvado Lamech, convicto de un doble asesinato, será castigado, no sólo siete veces, sino setenta veces siete.

La tribu de Caín, a causa de la guerra que concluyó con la destrucción de la tribu de Abel, fué arrojada del país por los primitivos pobladores o adamitas, y anduvo fugitiva por el lado oriental de la Mesopotamia, donde fundó la ciudad de Henoch.

Que se trata de un pueblo y no de un individuo, se ve por este versículo: “Y puso el señor a Caín una señal, para que no lo matase todo el que lo hallara”.

En el mundo, aparte de Caín, no existían más que Adam y Eva. ¿Quién iba, pues, a matar a Caín?

Henoch engendró a Irad, Irad engendró a Maviael, y Maviael engendró a Mathusael, y Mathusael engendró a Lamech. Es decir, la tribu primitiva de Caín se subdividió en varias tribus, cada una de las cuales tomó el nombre de su fundador.

Del tronco de Caín salieron Jabel, que fué padre de los que habitaban en tiendas y de los pastores; Jubal, padre de los tañedores de cítaras y de órgano, y Tubalcaín, que fué artífice en trabajar toda obra de cobre y de hierro.

Y Adam conoció a su mujer y ésta le parió un hijo, a quien llamó Enós. “Este—dice la Biblia—comenzó a invocar el nombre del Señor”.

Bien claro se ve por este versículo que ni los adamitas ni sus descendientes hasta Enós, habían invocado el nombre del Señor. El Génesis, marca, pues, los grados de evolución de la humanidad, desde los primitivos habitantes de las cavernas, que se abrigan con pieles de tigre y de leopardo y no tenían noción de la Divinidad, hasta el pueblo de

Enós, que posiblemente vivía ya en ciudades, forjaba el hierro, tañía la cítara y tejía la lana, y comenzó a invocar el nombre del Señor de todas las cosas.

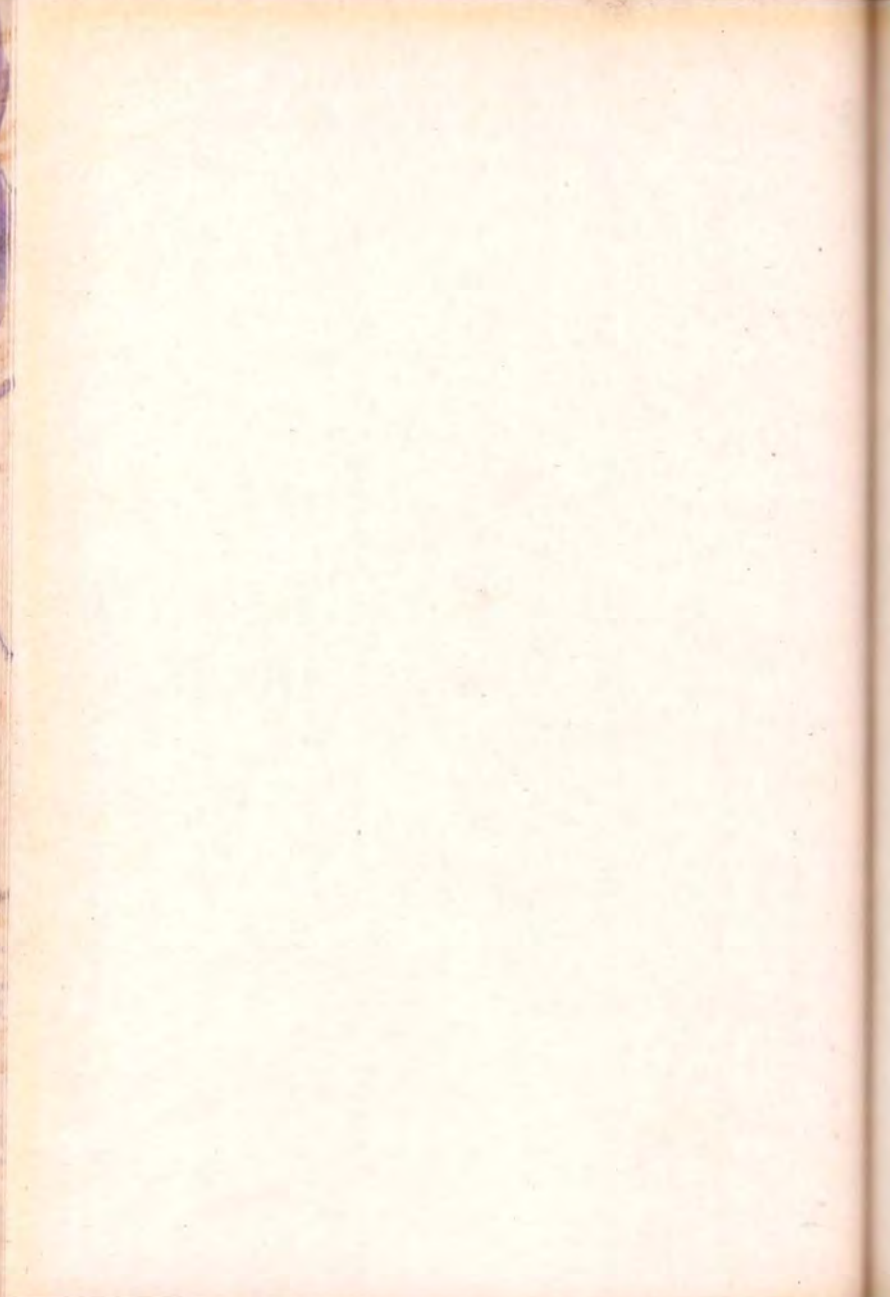
Esta evolución, de acuerdo con la ciencia, puede verse admirablemente representada en los Vedas. Los primitivos Arios no conocían a Dios, y vivían como las fieras en los bosques, guareciéndose en las cuevas y en los huecos de los árboles. El horrísono estallido de los rayos, el cárdeno fulgor de los relámpagos, los rugidos de los vientos desencadenados, el estruendo de las aguas despeñadas, todos estos fenómenos naturales, sembraron el pavor en su ánimo, y creyeron que espíritus poderosos movían las borrascas. Así los hombres primitivos adoraban a las fuerzas de la naturaleza y llamaron Agni al fuego, Meruts a los vientos, Ushas a la aurora, etc. Los primeros cantos védicos están dirigidos a estas divinidades; mas luego el hombre sintió dentro de sí mismo una potencia misteriosa y sublime, que regía sus movimientos e informaba sus actos; potencia que era como un soplo y que le hablaba en las noches, cuando el sueño huía de sus párpados, el lenguaje de los cielos. El hombre primitivo llamó *atma* a esta potencia sublime, y luego supuso que, pues una alma regía su cuerpo, una alma todopoderosa debía regir también el Universo, y por vez primera brotó de sus labios el nombre augusto de *Parabrahm*, el Grande Espíritu, le edificó altares, y lo invocó en sus luchas y en sus desfallecimientos (1).

(1) Max. Muller. Historia de las religiones.

Momento tan solemne de la vida de la humanidad lo representa la Biblia con las sencillas palabras: "Este (Enós) comenzó a invocar el nombre del Señor".

El laconismo del Génesis es admirable. En una frase se encierran conceptos profundos que un buen escritor no desarrollaría en toda una página. Así se ven frases de concisión insuperable, como ésta: "Dijo Dios: "Sea la luz, y la luz fué". De este modo, en la breve frase arriba transcrita, el escritor sagrado expresó toda la evolución del sentimiento religioso, desde el alborear de la razón hasta que el hombre invocó por vez primera el nombre de su Creador.







VI. EL DILUVIO UNIVERSAL Y EL MITO DE LA TORRE DE BABEL

La asombrosa edad de los patriarcas, alguno de los cuales alcanzó a vivir novecientos sesenta años, se explica por la razón de que el escritor sagrado simboliza bajo sus nombres las tribus que se fueron desprendiendo del tronco adamita. Las tribus de la rama de Seth debieron vivir confundidas con las de la rama de Caín, pues no de otra manera se explica el *quid pro quo* del autor del Génesis que hace descender a Henoch, Mathusalem y Lamech de ambas ramas a la vez.

Cuando nació Noé, su padre Lamech dijo: "Este nos consolará de las obras y trabajos de nuestras manos, en la tierra a la cual maldijo el Señor", queriendo significar con esto que la virtud de Noé sería tan grande que Dios se ablandaría y permitiría que la raza de Adam regresara al paraíso.

Y era Noé de *quinientos años* cuando engendró a Sem, Cham y Japheth. Esto es: la tribu de Noé contaba cinco siglos de existencia cuando se subdividió en tres grandes ramas.

Aquí el escritor sagrado intercala una leyenda de origen oriental, reminiscencia de aquellos grandes cataclismos e inundaciones que sacudieron y conturbaron la superficie del globo durante la épo-

ca de la constitución del mismo. A principios de la época cuaternaria, cuando comenzaban a organizarse las pequeñas sociedades humanas, debió suceder una conmoción espantosa, y en virtud de alguna súbita depresión de la corteza terrestre, el agua, en inmensos remolinos, debió ocupar parte del África y Europa, y el Asia Menor hasta el pie de los Himalayas. Quizás este cataclismo estuvo asociado con la sumersión de la legendaria isla Poseidon, que se extendía entre las Canarias y las Azores, ocupando un trecho considerable del Océano Atlántico. En los libros sagrados del Oriente se lee que, a consecuencia de la maldad de los hombres, sobrevino un diluvio, del cual no escaparon sino muy contadas personas en una arca, entre ellas Manou Vaiwasvata, santo varón que era muy querido de Vichnou (1). Mucho tiempo ocuparon las aguas la tierra, y Vichnou, convertido en una ballena, guiaba el arca, hasta que principiaron a descender las aguas, se descubrió la cordillera del Norte, y sobre una de sus cumbres descansó la embarcación.

Esta leyenda influyó posiblemente en la relación bíblica del diluvio universal.

Refiere Moisés que habiéndose multiplicado los hombres sobre la tierra y engendrado hijas muy hermosas, *los hijos de Dios* las tomaron por mujeres, y a consecuencia de este acto indigno, se corrompió el mundo e hinchóse de iniquidad.

(1) En la Caldea, referíase una fábula más parecida aún a la leyenda judía. Xisutrus, el Noé de la Mesopotamia, llenó de animales el arca y soltó una paloma y un cuervo para ver si las aguas habían menguado sobre la tierra.

Por *hombres*, Moisés posiblemente entiende los hijos de Caín, que habían edificado ciudades grandiosas, conocían las artes y trabajaban el hierro: y por *hijos de Dios*, los descendientes de Seth, que ya invocaban el nombre del Señor.

Del enlace de los hijos de Seth con las hijas de Caín, produjéronse unos hombres de talla colosal, llenos de iniquidad y de malicia. Estos gigantes poderosos y perversos, desafiaban el poder de Dios y no le temían, por lo cual el Señor “arrepintióse de haber creado al hombre sobre la tierra”, y tocado de íntimo dolor su corazón, dijo: “Raeré de la haz de la tierra al hombre que he creado, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo, porque me arrepiento de haberlos hecho”.

No se ha demostrado aún que hubiese gigantes sobre la tierra, y posiblemente jamás los hubo; empero esta leyenda bíblica se enlaza con la de los titanes que, según la mitología griega, se rebelaron contra Júpiter y amontonando peñascos intentaron escalar el cielo; mas Júpiter los fulminó con los rayos que le había fabricado Vulcano en la fragua del Etna.

Entre todos los hombres, únicamente Noé halló gracia delante del Señor, el cual le dijo: “Llegado es delante de mí el fin de toda carne. La tierra está llena de toda iniquidad, y yo destruiré con ella a todos los hombres”. Y ordenó el Señor a Noé que construyera una arca de trescientos codos de longitud, cincuenta de anchura y treinta de altura, y luego le dijo: “Entra tú y toda tu casa en el arca, porque a tí te he visto justo delante de mí en esta generación. De todos los animales limpios toma siete y siete, macho y hembra. E igualmente de las aves